BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Canónigo de la S.I. Catedral de Zamora

CORTESIA Y BUENOS MODALES

Por el aspecto se descubre el hombre y por su semblante el prudente. El vestir, el reír y el andar, revelan lo que hay en él (Eclo. 19, 26-27).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-641-7
D.L.: Gr. 5.308-2003
Impreso en España - Printed in Spain

PRESENTACION

Querido lector:

En este pequeño libro me he propuesto exponer unas breves normas o reglas de Urbanidad y de convivencia social.

Primeramente empiezo por hacer notar cómo el hablar cortés y rectamente con un digno porte exterior y comportarse bien con todos, es el medio mejor para conquistar amigos y evitar muchas faltas de urbanidad.

A continuación voy exponiendo los deberes que todos tenemos para con Dios, para con nuestros padres, para con la Iglesia y con la Patria, los deberes existentes en una vida de comunidad y los que tenemos para con nuestros semejantes y para con nosotros mismos.

Finalmente hablo de nuestros deberes personales de urbanidad, refiriéndome a los que miran al aseo o limpieza corporal e higiene, al modo honesto de vestir y de comer y al buen empleo del tiempo en el trabajo y relaciones entre los compañeros del mismo.

Las normas de urbanidad que aquí voy exponiendo son generales para todos y hasta para las almas de más vida interior, pues ésta no está re-

ñida, antes bien, debe estar hermanada con las santas y laudables manifestaciones de cortesía en el trato con el prójimo, floración de la caridad más ardiente y delicada, y por eso termino diciendo con el P. Faber, en su obra «Progresos del alma»: «Persuadámonos bien de que a nuestro aprovechamiento espiritual y a la santidad de nuestra vida interior importa mucho mirar cómo nos habemos en el trato de los demás hombres, pues esto es necesario, si hemos de ser para ellos el buen olor de Cristo».

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, enero 1990

PARA ABRIRTE CAMINO EN LA VIDA

Saber escuchar y saber hablar

Antes de exponer directamente el concepto y reglas de la Urbanidad, voy a fijarme en lo que viene a ser muchas veces causa y origen de faltas contra la misma, como es el no saber hablar cortésmente, que es lo que nos pide una de las reglas de convivencia y de la que depende mucho el que sepamos labrar nuestra felicidad.

Al vivir en sociedad forzosamente tenemos que comunicarnos, relacionarnos, dialogar y hablar unos con otros, y a este fin hay que buscar ratos apacibles de charla con nuestros padres, con los amigos, con los vecinos y con nuestros semejantes.

El arte de saber hablar no es fácil, pero se impone reflexionemos porque de él depende el modo de conducirnos bien con cuantos tratamos, y de este arte como del saber escuchar atentamente, de sonreír y saber dar muestras de afecto y también de elogiar a su tiempo y de no herir a nuestros prójimos, depende las más de las veces el labrar nuestra dicha y contribuir a hacer la vida más feliz a los que nos rodean.

El hablar rectamente y con un digno porte exterior es saber comportarnos bien con todos y evitar muchas de las faltas de urbanidad.

En la Biblia leemos:

–*El que no peca con la lengua es persona perfecta... Con la lengua bendecimos al Señor y Padre nuestro, y con ella maldecimos a los hombres, que han sido hechos a imagen de Dios* (Sant. 3, 2 y 9).

–*La muerte y la vida están en poder de la lengua* (Prov. 18, 21)

* * *

La misma Sagrada Escritura nos da normas para que aprendamos a escuchar y hablar en el momento oportuno sin quitar la palabra a otros. «*El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse*» (Sant. 1, 19).

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabarle y no hablar mal de nuestros prójimos. De la lengua perversa provienen la mentira, el fraude, la doblez, el engaño, la maledicencia, la calumnia.

El mundo sería un paraíso y reinaría en él el orden y la paz más maravillosa si desterráramos de la sociedad todos estos males provenientes de la lengua.

La lengua revela el corazón del hombre. Jesucristo dice: «*De la abundancia del corazón habla*

la boca» (Mt. 12, 34). Por esta razón dijo Sócrates a un joven: «Habla para que te conozca» . El lenguaje es el espejo del alma.

El Eclesiástico nos lo dice así:

Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre... El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación (Eclo. 27, 6 ss)

Defectos que suelen aparecer en el hablar:

1) *El monopolizar la conversación* de tal modo, que si no se les interrumpe, a veces cansan y hasta hastían y aburren a cuantos le escuchan...

2) *El hablar a gritos* de tal manera que molestan a los oídos y es falta de educación...

3) *El emplear palabrotas* o frases groseras, señal de poca cultura y educación... Nuestro lenguaje debe ser decente y respetuoso...

4) *El criticar o murmurar sin estar seguro* de lo que se dice... Hay que hablar con sencillez y sinceridad, *sin ironía, sin remedar* a otras personas, ni hacer mención de una persona por medio de un *apodo...* y *sin afección...*

Para conquistar amigos

Por lo general somos propensos a hablar de nosotros, y ésta es una equivocación, pues lo primero que debemos hacer es interesarnos nosotros por los demás, por sus cosas, por lo que ellos quieren mejor. Este es el medio de influir en

nuestros prójimos y la mejor manera de conquistar amigos.

He leído dos libros de Dale Carnegie: «*Para conquistar*» y «*Para convencer*» y me permito hacer resaltar algunas de sus ideas.

«Se pueden ganar más amigos en dos meses, si se interesa uno por los demás, que en dos años, si se trata de que los demás se interesen por uno».

Pero tú y yo, lector amigo, conocemos personas que van por la vida de tumbo en tumbo, porque tratan de forzar a los demás a que se interesen por ellas.

Eso no rinde resultado... Si sólo tratamos de impresionar a la gente y de hacer que se interesen por nosotros, no tendremos jamás amigos verdaderos. Los amigos, los amigos leales, no se logran de esa manera.

«El individuo que no se interesa por sus semejantes, es quien tiene mayores dificultades en la vida y causa las mayores heridas a los demás. De esos individuos surgen todos los fracasos humanos».

Tenemos que saber hablar y saber escuchar atentamente, es decir, ser un buen oyente, mostrando paciencia y simpatía. Si bien lo observamos nos gusta hablar de nosotros mismos y de nuestras cosas, y apenas ponemos atención a lo que otros nos dicen; mas conviene que tengamos en cuenta que el hombre que habla de sí, sólo piensa en sí. Y «el hombre que sólo piensa en sí

mismo carece de educación. No es educado, por mucha instrucción que tenga».

Si aspiras a ser un buen conversador, sé un oyente atento. «Para ser interesante, hay que interesarse». Pregunta cosas que tu interlocutor se complazca en responder. Aliéntale a hablar de sí mismo y de sus experiencias.

Recuerda que el hombre con quien hablas está cien veces más interesado en sí mismo y en sus necesidades y problemas que en tí y en tus problemas. Su dolor de muelas le importa más que una epidemia que mate a un millón de personas en China...

Si quieres, pues, atraer a la gente, procura ser un buen oyente, habla y trata de lo que quiere tu prójimo, elogia efusivamente lo que sea digno de elogio, no critiques ni hieras. Alaba y edifica.

También es muy interesante no discutir ni pelear... Benjamín Franklin dijo: «Si discutes y peleas y contradices, puedes lograr a veces un triunfo; pero será un triunfo vacío, porque jamás obtendrás la buena voluntad de tu contrincante». Y el célebre Lincoln dijo: «No debe perder tiempo en discusiones personales el hombre que está resuelto a ser lo más que pueda... Ceded en las cosas grandes, cuando sólo podéis exhibir derechos iguales a los de vuestros adversarios; y ceded en las más pequeñas aunque tengáis derechos mayores. Mejor es dar paso a un perro, que ser mordido por él al disputarle ese derecho. Ni aún ma-

tando al perro te curarías de la mordedura».

Por tanto, el mejor modo de salir ganando en una discusión es evitarla.

Cómo evitar un medio seguro de conquistar enemigos

Se impone el «saber hablar bien» en toda ocasión para evitar enemistades, y si queremos atraer al prójimo a nuestra manera de pensar, debemos demostrar respeto a las opiniones ajenas y no decirle que se equivoca.

¿Crees que diciéndole que se equivoca le harás pensar lo mismo que tu? ¡Jamás! Porque has asestado un golpe directo a su inteligencia, a su juicio, a su orgullo, a su respeto por sí mismo. Esto hará que quiera devolverte el golpe. Pero nunca que quiera cambiar la idea...

No empieces nunca anunciando: «Le voy a demostrar a usted tal y tal cosa». Eso equivale a decir: «Soy más vivo que usted. Voy a decirle una o dos cosas y le haré cambiar de pensamiento». Eso es un desafío. Despierta oposición y hace que quien te escucha, quiera librar batalla contigo antes de que empieces a hablar.

Si vas a demostrar algo, que no lo sepa nadie, hazlo sutilmente, con tal destreza, que nadie piensa que lo estás haciendo.

Lord Chesterfield dijo así a su hijo:

«Has de ser más sabio que los demás, si puedes; pero no lo digas».

Si alguien, pues, hace una afirmación que, a tu juicio, está errada –y aún cuando *sepas con certeza* que está errada–, es mucho mejor empezar diciendo:

–Bien... escuche... Yo pienso de otro modo; pero quizá me equivoque. Me equivoco con tanta frecuencia... Y si me equivoco, quiero corregir mi error. Examinemos los hechos.

Hay algo de mágico, positivamente mágico, en frases como éstas: «Quizá me equivoque... Me equivoco con tanta frecuencia»...

Nadie en el mundo, o fuera de él, objetará nada si tu dices: «Quizás me equivoque. Examinemos los hechos». Y jamás te verás en aprietos por admitir que también él puede equivocarse.

Debemos, por tanto, eludir toda contradicción directa de los sentimientos de los demás, y toda afirmación positiva de los míos, y procuremos no usar el empleo de aquellas palabras o expresiones que significan una opinión fija, como *es cierto, no lo dudo, lo sé muy bien*, etc. y adoptemos otras en su lugar: *creo que tal cosa es así; así me parece por ahora...*

También es muy conveniente reconocer que en caso de que nos hayamos equivocado, lo admitamos rápidamente y con sinceridad.

Recordemos el viejo proverbio: «Peleando no

se consigue jamás lo suficiente; pero cediendo se consigue más de lo que se espera».

A veces conviene dejar que nuestro interlocutor sea quien hable más, el mostrar simpatía por sus ideas y deseos... y el tratar honradamente de ver las cosas desde el punto de vista ajeno... Si tu llegaras a decirte: «¿Qué pensaría, como reaccionaría yo si estuviera en su lugar?», habrás ahorrado mucho tiempo e irritación...

Por último, ten presente el secreto de Sócrates. Cuando hables con alguien, no empieces discutiendo las cosas en que hay divergencia entre los dos. Empieza destacando –y sigue destacando, si es posible– que los dos tendéis al mismo fin y que la única diferencia es el método y no de propósito. Haz que la otra parte diga *sí, sí*, desde el principio... Evita, si es posible, que diga *no*.

En consecuencia, cuando deseemos decir algo a alguien que se equivoca, recordemos al viejo Sócrates, y hagamos una pregunta amable, una pregunta que produzca la respuesta: *Sí, sí*.

Los chinos tienen un proverbio lleno de la vieja sabiduría oriental: «Quien pisa con suavidad, va lejos»

Esfuérzate por sonreír

En nuestro actuar y hablar interesa mucho que lo hagamos con alegría, saber sonreír, saludar

con afecto y cierta simpatía: *Buenos días... Mucho me alegra saber que está Vd. bien...*

Esta manera de proceder crea felicidad en el hogar, en la oficina... donde nos hallemos. ¡Oh, cuánto vale una verdadera y sincera sonrisa, una sonrisa que alegre el corazón, que venga de adentro!

El jefe de personal de una gran tienda de Nueva York aseguraba que prefería emplear a una vendedora sin instrucción, siempre que poseyera una hermosa sonrisa, que a un doctor en filosofía con cara de pocos amigos.

Dale Carnigie dice: Carlos Schward afirmó que su sonrisa le valió un millón de dólares. Y es probable que haya pecado por defecto más que por exceso en ese cálculo. Porque la personalidad de Schward, su encanto, su capacidad para gustar a los demás, fueron casi la única causa de su extraordinario éxito; y uno de los factores más deliciosos de su personalidad es su cautivadora sonrisa.

Por eso el viejo proverbio chino dice: «El hombre cuya cara no sonríe, no debe abrir una tienda».

Grande es el valor de una sonrisa. No cuesta nada, pero crea mucho. Enriquece a quienes la reciben, sin empobrecer a quienes la dan. Crea felicidad en el hogar, alienta la buena voluntad en los negocios y es la contraseña de los amigos.

A nuestros padres o a un superior cuando nos

manda hacer algo, ¡qué hermosa cosa es ver que se les contesta: «Con mucho gusto, ahora mismo la hago!

Mas cuando un hijo o un súbdito rezongón hace las cosas de mala gana y anda mal humorado, es que falta algo, falta la limpieza del corazón, es que alguna pasión les domina. Por eso dice Kempis: «Ten buena conciencia y siempre tendrás alegría». Para echar lejos de ti la tristeza, procura por todos medios limpiar tu alma de todo pecado. La alegría nace de corazones puros...

Conclusión

Después de lo que llevamos expuesto, si quieres abrirte camino en tu vida, aprende a saber hablar, a aparecer en sociedad con buenos modales, a sonreír, a no discutir con el cliente, con el cónyuge o con el adversario, no le digas que se equivoca, no le enojes: utiliza un poco de diplomacia, y ten presente el valor de estos dichos:

No hablar nunca de sí a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos; he aquí todo el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos.

San Agustín dijo: El hombre es conocido en seguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de las cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

BREVES LECCIONES DE URBANIDAD

¿Qué entendemos por Urbanidad?

Urbanidad es un conjunto de reglas que nos enseñan a comportarnos con dignidad, con decoro y respeto con quienes tratamos.

San Francisco de Sales dijo que «la Urbanidad no es otra cosa que el ejercicio de la caridad, tan admirablemente definida por San Pablo. Y ¿qué nos dice este apóstol de ella?. He aquí sus palabras:

«*La caridad es paciente, es benigna, –es afable–; la caridad no es envidiosa, no se vanagloria, no se ensoberbece; no hace nada que pueda escandalizar, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene cuenta del mal que recibe, no se goza de la injusticia, mas se alegra con la verdad, todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta...*» (1 Cor. 13, 3-7).

Este es un himno a la caridad cristiana, un retrato del amor, el más alto de los dones y de las virtudes teologales, para librarnos de confundirlo con sus muchas limitaciones: el sentimentalismo, la beneficencia filantrópica, la limosna ostentosa, etc.

La caridad nos enseña a portarnos cortésmente con nuestros prójimos como quisiéramos que ellos lo hiciesen con nosotros.

La cortesía no es otra cosa que el acto con el que manifestamos la atención, el respeto o afecto que tenemos a una persona; mas el concepto de la verdadera urbanidad no hay que confundirlo con los formulismos de una cortesía que a veces se mueve a obrar con hipocresía y por fines mundanos. Esta sería una cortesía ficticia.

La verdadera urbanidad va revestida de virtudes cristianas, tales como la afabilidad, la sencillez, la humildad y la abnegación.

El Venerable Palafox dijo: La cortesía es hija de la humildad, y compañera inseparable de la mortificación de los propios gustos y conveniencias.

A la urbanidad por tanto se opone *el egoísmo*, *la descortesía* de los que en nada se preocupan de mostrarse afables, *la grosería* de los que no se preocupan de las reglas de la pública decencia, y también los que por *adulación* o *formulismos* se exceden en tributar cortesías inmerecidas o se dejan llevar de etiquetas inoportunas y hasta inmerecidas.

La urbanidad tiene su fundamento bíblico, y dejando de especificar ahora los rasgos de cortesía, vg. de Abraham cuando recibió a los tres ángeles que se le presentaron en forma de peregrinos, y los ejemplos dados por Jesucristo en el sa-

ludo a sus discípulos, el adelantarse a socorrer necesidades de la multitud de sus oyentes..., y los de su apóstol San Pablo en sus cartas, especialmente en la de Filemón, etc., tenemos el libro del Eclesiástico donde se nos habla del dominio de sí mismo y del comportamiento en la vida familiar, en el hablar, en el comer, etc...

Con la observancia de las reglas de urbanidad daremos siempre una sensación real de mayor cultura y serviremos de edificación y provecho a la sociedad en que vivimos.

DEBERES QUE NOS IMPONE LA URBANIDAD

1.º Deberes para con Dios

La creación entera es obra de Dios. La Escritura Santa nos dice: «*Alzad a los cielos vuestros ojos y ved: ¿quién los creó?* (Is. 40, 26). *Toda casa es fabricada por alguno, pero el Hacedor de todas las casas, es Dios*» (heb. 3, 4). «*Dios nos hizo y somos suyos*» (Sal. 100, 3). «*Él da a todos la vida, el aliento y todas las cosas*» (Hech. 17, 25)

Consecuencias:

1.ª Siendo el hombre hechura de Dios, naturalmente depende de Él. «Nosotros –dice San Agustín– existimos porque Dios es bueno y nos ama», y por lo mismo cuanto tenemos lo debemos a su amor, a su bondad y a su misericordia.

Al ser Dios el Creador del mundo y del hombre, Él lo gobierna todo, y es el que nos conserva y vela por nuestra felicidad, y por tanto es evidente que de Él somos deudores y lo somos de todos nuestro amor y de toda nuestra gratitud, estando obligados en todo momento a rendirle *nuestros homenajes*, nuestras alabanzas y dirigirle *nuestros ruegos y súplicas...*

Es cierto que Dios, por ser infinitamente feliz, no necesita de nuestras alabanzas, y si quiere que le alabemos es para nuestro bien. Como dice San Agustín: «La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tu alabándole, te haces mejor y vituperándole o blasfemándole te haces peor. Él sigue siendo el mismo».

2.ª Por la relación existente entre Dios y nosotros debido a que Él es nuestro Creador y Redentor, le estamos obligados a amarle y reverenciarle y cumplir estos deberes para con Él:

1) *Vivir en relaciones amistosas*, o sea, estar habitualmente en gracia de Dios, y por tanto evitar toda acción pecaminosa, porque sería una gran falta de descortesía y por ella verme privado de su gracia y amistad. El pecado rompe nuestras relaciones con Dios.

2) *Recordar la presencia de Dios*. Por ser Él inmenso, está en todas partes, y así nos lo dice la Santa Biblia:

«*Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios*» (Heb. 5, 13) »*Dios no está lejos de nosotros, porque en Él vivimos, nos movemos y existimos*» (Hech. 17, 27).

«*Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré Yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?, dice el Señor* (Jer. 23, 23-24). *Los ojos del*

Señor están en todas partes, observando a los buenos y a los malos» (Prov. 15, 3).

Si pensáramos que Dios nos ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás) «La presencia de Dios es un remedio contra todos los males» (San Basilio).

De estas expresiones bíblicas deduciremos que por hallarnos siempre en la presencia de Dios, y saber que Él conoce hasta mis más secretos pensamientos, esto me obliga a cumplir con Él los deberes de cortesía, dedicándole el primer pensamiento en la mañana al levantarme, y el último por la noche al acostarme, y a elevar mi alma hacia Él y dirigirle mis alabanzas y acción de gracias por los beneficios recibidos, como son el haberme creado, redimido, hecho cristiano y conservado hasta el presente.

Al despertarme por la mañana, mi primer pensamiento debe ser para Dios. Hacer la señal de la cruz: «En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo», y dirigirle la oración que Jesucristo nos enseñó: «Padre nuestro...» ...También debemos dirigir la oración del Avemaría a la Virgen, ya que por medio de ella, Dios quiso venir a la tierra y hacerse hombre por nuestro amor. Ella es la Mediadora ante el Mediador, Jesús.

3) *Después de comer* y levantarme de la mesa, también debemos dar gracias a Dios, por cuanto su Providencia nos depara así el medio de conservar la vida...

4) *Obedecer sus mandamientos*, porque con su observancia nos promete nuestra felicidad temporal y eterna (Mt. 17, 19)... y al ir *al templo*, por ser la Casa del Señor, a oír la Santa Misa, especialmente los domingos y días festivos, para rendirle el culto público de adoración, deberé estar en él con la debida compostura, recogimiento y devoción, sin charlar con los demás o mirando a ver quien entra o sale...

A los sacerdotes, por ser ministros de Dios sobre la tierra, tenemos el deber de honrarles y respetarles. El respeto a los sacerdotes es una manifestación de nuestro respeto a Dios mismo, y signo inequívoco de una buena educación moral y religiosa. En la Biblia leemos:

«*Con toda tu alma teme al Señor y reverencia a sus sacerdotes. Ama a tu Creador con todas tus fuerzas y no desampares a sus ministros*» (Eclo. 7, 31-32).

La cortesía sagrada me exige que no visite centros de diversiones pecaminosas, que no tenga en mi casa cuadros o figuras indecentes y nada que no sea grato a Dios.

Al ir por la calle, si paso junto a un templo y está la puerta abierta si dispongo de tiempo, estaría bien entrar a saludar al Señor y estar en él aunque nada más sea el tiempo que me lleva en rezar un Padrenuestro, y siempre hacer con reverencia y devoción la genuflexión frente al Sagrario donde está Jesús Sacramentado. Si no estuvie-

ra la puerta del templo abierta y fuera con la cabeza cubierta, entonces deberé descubrirme en señal de reverencia.

2.º Deberes para con nuestros padres

Es un deber nuestro honrar a los padres, porque a ellos, después de Dios, debemos la vida y porque representan a Dios.

En la Biblia leemos:

«*Quien teme al Señor, honra a sus padres; y sirve como a sus señores, a los que le dieron el ser. Honra a tus padres con obras y palabras y con toda la paciencia, para que venga sobre ti su bendición...*» (Eclo. 3, 8-10).

«*Hijo, alivia la vejez de tu padre, y no le des pesadumbres en la vida. Si llegare a volverse como un niño, compadécele, y jamás le desprecies por tener tu más vigor que él, porque la beneficiencia con el padre no quedará en olvido*» (Eclo. 3, 14-15).

«*De todo corazón honra a tu padre, y no te olvides de los dolores de tu madre. Acuérdate de que les debes la vida. ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho por ti?*» (Eclo. 7, 29-30).

A nuestros padres, por ser los autores de nuestros días, y ser los que recogieron y enjuagaron nuestras primeras lágrimas, los que nos acariciaron y consagraron todos sus desvelos y sacrificios a la difícil tarea de nuestra educación, los

que imprimieron en nuestra alma las primeras ideas sobre el conocimiento de Dios y nos enseñaron a amarle y a adorarle, y a pronunciar sus alabanzas..., por tantos beneficios que recibimos de ellos, nuestro deber es testificarles, nuestro amor, nuestro máximo respeto y obediencia, con las demostraciones más cordiales y expresivas, sobre todo cuando en su vejez se vean necesitados..., saludarles respetuosamente, ya al irnos a acostar, como al levantarnos o en los diversos encuentros con ellos..., y jamás avergonzarnos de acompañarles por humilde que fuere su traje...

A los hermanos les debemos también amor y respeto y no tratarlos con descortesía, ni pegarse con ellos o imponerles motes o darles bromas de mal gusto...

Con los parientes hemos de procurar también que nuestras relaciones con ellos sean cariñosas y corteses, que nos vean siempre dispuestos a prestarles cuantos servicios y favores nos fueran posibles.

Con los amigos hemos de procurar que la amistad esté basada en la mutua estima y confianza, sin mezcla de egoísmos y deslealtades. La amistad debe entablarse por fines altos y puros y, rechazar la que se funda en amores no santos... No se deben tolerar groserías ni vilezas...

En la Biblia leemos:

Si tuvieras muchos amigos, uno entre mil sea tu consejero. Si tienes un amigo, ponle a prueba,

y no te confíes a él tan fácilmente; porque hay amigos de ocasión, que no son fieles en el día de la tribulación.

En tus días felices será otro tú y hablará afablemente de los tuyos... Un amigo fiel es poderoso protector: el que lo encuentra, halla un tesoro... Un amigo fiel es remedio saludable; los que temen al Señor lo encontrarán (Eclo. 6, 6-16).

Con los sirvientes o criados hay que tratarlos con caridad, consideración y respeto y buenos modos, mas no con altivez y dureza. Se les debe remunerar debidamente sus trabajos, explicarles bien lo que deben hacer y sufrir con resignación y delicadeza las faltas provenientes de su corto ingenio, pero sin tolerarles negligencias voluntarias, ni abusos o vicios, tampoco consentirles familiaridades o bromas de mal gusto...

En la vida de familia todos debiéramos ser dechados de virtudes, fomentar el mutuo amor y contribuir a la prosperidad del hogar, sin olvidar los deberes religiosos como la bendición de la mesa, rezo del rosario... y procurar ante todo santificar los domingos y días festivos, oyendo el santo sacrificio de la Misa.

3.º Deberes para con la Iglesia y con la Patria

1) Los deberes para con la Iglesia son conocerla, amarla y servirla. Hay muchos que no la conocen y por eso hablan mal de ella, y hasta al-

gunos ignorantes y mal formados han llegado a decir: «Cristo sí, pero Iglesia, no», y son los que distinguen entre mandamientos de Dios y de la Iglesia, y así vg. por creer que el asistir a Misa es un mandamiento de la Iglesia, no van a ella.

Este es un error manifiesto, porque deben saber que la Iglesia es una obra divina, fundada por el mismo Jesucristo, el cual es Dios, y nosotros, como criaturas suyas, debemos estar siempre dispuestos a cumplir sus mandatos.

Santifica las fiestas. Este, pues, es un mandamiento de Dios, pues la intervención de la Iglesia ha sido sólo en este sentido, decir «cómo se deben santificar», y lo concreta particularizando así: «Los domingos y días festivos se santifican oyendo el santo sacrificio de la Misa».

Luego el deber de todo cristiano es oír la santa Misa en dichos días... y lo mismo de decir de las demás disposiciones dadas por ella. Por eso Jesucristo dijo a San Pedro, primer Papa, y a sus apóstoles, y por tanto a sus sucesores los demás Papas y Obispos y sacerdotes:

El que a vosotros oye, a Mi me oye, y el que os desprecia, a Mi me desprecia (Lc. 10, 16)

Por consiguiente, nuestro deber es obedecer a la Iglesia docente, o sea, al Papa y a los obispos en sus disposiciones, y saber que para ser un católico práctico son necesarias estas tres condiciones:

1.ª Conocer a Jesucristo y su doctrina

2.ª Estar bautizado y

3.ª Obedecer al Papa, por ser el Vicario de Jesucristo en la tierra.

Todo esto lo conocerás mejor si estudias y lees con frecuencia los Santos Evangelios donde está contenida la vida, la doctrina y milagros de Jesucristo.

¡Cuántos se llaman cristianos y no conocen a Jesucristo!

2) Deberes para con la Patria. Nuestra patria es el lugar en que nacimos y vimos la primera luz. Ella tiene para nosotros sus poéticos recuerdos, aquella infancia, los sucesos inocentes y sencillos que forman la pequeña y siempre querida historia de nuestros primeros años..., los sufrimientos de una generación que pasó y nos dejó sus hogares, sus riquezas y el ejemplo de sus virtudes...; nuestro templo parroquial, nuestras familias, parientes y amigos, todos cuantos nos vieron nacer y forman con nosotros una comunidad de afectos, goces, penas y esperanzas...

Todo esto existe en nuestra Patria... La que un día nos puede llamar en su auxilio.

Nuestros deberes para con la Patria son: amarla, defenderla, cumplir sus leyes y contribuir al bien común.

El Concilio Vaticano II nos dice:

«Cultiven los ciudadanos con magnanimidad y lealtad el amor a la patria sin estrechez de espíritu, de suerte que miren siempre al mismo tiem-

po por el bien de toda la familia humana, unida por toda clase de vínculos entre las razas, pueblos y naciones»...

4.º Deberes en una vida de comunidad

En una comunidad hay superiores y súbditos, y por tanto unos que deben mandar con autoridad y otros que deben obedecer. La cortesía nos exige que reconozcamos y cumplamos con los deberes correspondientes.

«La autoridad y la obediencia, dijo Pablo VI, se ejercen al servicio del bien común, como dos aspectos complementarios...»

El superior legítimamente constituido está en nombre de Dios, y sólo en caso que mandase alguna cosa contra los preceptos de Dios o de su Iglesia estábamos exentos de prestarle obediencia.

Nuestro deber, pues, es obedecer a la autoridad legítimamente constituida, pues la autoridad del que nos manda viene en último término de Dios en cuanto que Él es el autor de la vida religiosa y social del hombre. Dios ha querido que vivamos en sociedad, y elemento esencial de toda sociedad es la autoridad, y ésta, según el apóstol, viene de Dios (Rom. 13, 1-2 y 5).

La obediencia para que sea perfecta, ha de ser *sobrenatural*, es decir, ver en el superior a Dios a quien representa, y por lo mismo debemos obedecer tanto en las cosas agradables como desagra-

dables, no por motivos meramente naturales o miramientos humanos, o porque el que manda tiene buen carácter, talento o sabiduría, ni porque parezcan acertadas sus disposiciones, si no pura y simplemente por Dios, por obedecer y agradarle a Él, de quien el superior ha recibido la autoridad y a quien representa... Reconozcamos que algunas veces las disposiciones del superior serán pruebas, pero la obediencia siempre es meritoria.

No faltan quienes digan que hay crisis de autoridad, pero ¿no será más bien de obediencia y de disciplina? En general vemos que no faltan buenos superiores y buenos jefes y gobernantes, y lo que falta es voluntad de seguirlos... Hoy vemos que los más se dejan llevar de lo cómodo y fácil y rehuyen todo lo que cuesta... Por lo mismo hoy hay pocos santos, porque hay pocos vencimientos, y es que cuesta seguir a Cristo por el camino de la cruz... y *Él fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz* (Fil. 2, 8)

«Los mejores superiores y súbditos son los que mandan y obedecen por amor». «Superior que no sabe sufrir, no sabe mandar» (Gar-Mar)

Cuando en una comunidad hay obediencia, reina en ella el orden y la paz. «La obediencia es el holocausto de la propia voluntad que se ofrece a Dios» (Pablo VI). «Si quieres ser humilde de veras, aprende a soportar virilmente lo que otro te impone» (Abad Serap.)

Acostúmbrate a no criticar jamás ls disposiciones del superior. Cuando el manda alguna cosa, piensa que él tiene más elementos de juicio que tú. El es representante de Dios, y a él debemos amor filial, respeto y reverencia.

Causas de la desobediencia, suele ser: la soberbia, el excesivo amor propio, el creerse suficiente o más superior que el mismo superior, esto es, la poca humildad que tenemos.

5.º Deberes para con nuestros semejantes

Como la fuente de todas las virtudes sociales es la caridad cristiana, nosotros no cumpliríamos el supremo deber de amar a Dios sin amar también a nuestros semejantes, porque todos ellos son sus criaturas predilectas.

Justo es que después de nuestros padres honremos, por ser más dignos de respeto y atenciones, a nuestra familia y parientes, y luego a todos los hombres, amigos y enemigos, sin excluir a ninguno, y como la perfección de este amor que debemos a todos está en la benevolencia y en el perdón a nuestros enemigos, nuestro deber en consecuencia está en socorrerlos en sus necesidades y perdonar sus ofensas y en proceder para con ellos de la misma manera que deseamos que ellos procedan para con nosotros.

Esto nos obliga a amar a nuestros prójimos,

respetarlos, honrarlos, y a su vez tolerar y ocultar sus miserias y debilidades.

En la Biblia leemos:

Toda la Ley se resume en este mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo» (Gál. 5, 14). *Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros, como Yo os he amado, así también amaos mutuamente. En esto conoceréis todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos con otros* (Jn. 13, 34)

Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros (Mt. 7, 12).

Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, que hace salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos (Mt. 5, 44-45).

Veamos ahora algunas reglas o normas que en general podemos tener con nuestros semejantes:

1) *El saludo*, que es testimonio de respeto y amistad que se dan dos o más personas al encontrarse, no debemos negarlo a ninguno de los conocidos, y procurar saludar a todos con sencillez y afabilidad, y según las horas, decir: «Buenos días..., o buenas noches...», y el propio saludo cristiano es añadir el nombre de *Dios*: «Buenos días nos dé Dios»...

Cuando dos conocidos se encuentran, la iniciativa del saludo debe partir del menos digno...,

y en la despedida debe partir del superior o más digno, a no ser que sean varios los reunidos, y entonces cada cual puede tomar su iniciativa de retirarse según sus conveniencias.

Cuando uno se adelanta a dar la mano, se ha de ofrecer siempre la mano derecha y ésta desenguantada, a no ser en caso imprevisto... No se debe apretar demasiado la mano o sacudirla o dar sólo unos dedos, porque resultaría grosero... El abrazo es saludo propio de familia o de intimidad extraordinaria y rara vez suele darse en público, a no ser cuando se trata de saludos o despedidas en casos de larga ausencia o enhorabuena excepcionales...

Tampoco deben prodigarse saludos sin necesidad, ni hacerse el distraído por evitarlos... Tengamos presente siempre que la urbanidad es el ejercicio de la caridad...

2) *En la calle los saludos deben ser breves y atentos... Ceder el paso sin empujones... y si ha habido algún roce o pisotón, pedir disculpa o bien: «Perdone usted...»*

Agradecer con una sonrisa cualquier detalle... En la acera se cede el paso al que va por la derecha, y si van dos juntos, también se procurará ir a la izquierda del superior o persona más digna... Ayudar en caso de accidentes... Respetar señales de tráfico...

3) En los viajes. Si conduces un coche, no insultes a otros conductores de buenas a prime-

ras, porque a veces puede suceder que el otro coche que se paró, puede ser por una avería, o cualquier otro factor ajeno a la «mala voluntad» del conductor. Si subes a un autocar o en el tren, procura no atropellar ni atropellarse en busca del mejor asiento. Si en el autocar o autobús donde estás sentado, vieras a un anciano o enfermito o a una madre con su niño en brazos, cédele tu asiento. Esto es caridad... Ser respetuoso y caritativo con todos...

Si vas con un compañero de viajes, que está a tu lado, y no quiere hablar, no le des la «lata» contándole toda tu vida... Trata a todos con respeto... muestrate atento y afable y procura no causar mortificación o disgusto a alguno.

Correspondencia epistolar. Sólo diré que interesa poner con claridad las señas en el sobre y en la mitad de éste: primero el nombre y apellidos del interesado, luego la calle o domicilio, y finalmente la ciudad o pueblo donde habite. De la mitad del sobre para arriba quedará en blanco y se pondrá el sello en la parte superior a la derecha.

Según las relaciones o familiaridad al empezar la carta, después de la fecha, se dirá: *Muy Sr. mío; Distinguido señor; Estimado señor; Querido hermano o amigo*, etc...

La ciudad a que se dirige la carta, no se pondrá entre paréntesis. Y si va dirigida a un pueblo éste quedará sin paréntesis, y se pondrá en la ciudad.

6.º Deberes para con nosotros mismos

Como queda expuesto todos tenemos nuestros deberes para con Dios, y estos son: amarle y adorarle, por ser hechura suya y depender de Él, y además nos debemos a nuestros padres, a nuestros familiares, a nuestra patria, etc., y como consecuencia nosotros nos encontramos constituidos en el deber de *instruirnos, de conservarnos y de moderar nuestras pasiones.*

La importancia de estos deberes que pesan sobre nosotros es manifiesta:

1.º *Porque sin una instrucción debida*, sin el estudio o unos conocimientos básicos, faltándonos la luz de nuestro entendimiento, no podríamos contemplar la magnificencia de las obras de la creación, conocer debidamente a Dios, ni conocernos a nosotros mismos ni a los demás hombres...

Si bien lo observamos la mayor parte de las desgracias que afligen a la humanidad, tienen su origen en *la ignorancia.*

2.º *Porque si no cuidamos de nuestra salud y de nuestra existencia*, no podríamos entregarnos en calma y con provecho al estudio e instrucción en todos los ramos del saber humano y tampoco entregarnos a contemplar los atributos divinos y a ser más útiles a nuestros padres, a nuestros semejantes y a nosotros mismos.

Además, si hemos de ser razonables, por

constar el hombre de cuerpo y alma, nuestro deber no es sólo mirar por la salud o conservación de nuestro cuerpo sano y decente, sino también por conservar nuestra alma en estado de gracia santificante, y a este fin poner los medios necesarios, como son la recepción de los santos sacramentos, para no perder esta vida sobrenatural por el pecado.

3.º *Porque si no trabajásemos* constantemente en precavernos de la ira, de la venganza, de la envidia, de la ingratitud y de todos los demás movimientos irregulares a que desgraciadamente está sujeto el corazón humano, no complaceríamos a Dios, y en vez de labrarnos nuestra propia felicidad, contribuiríamos no sólo a nuestra desdicha, sino a la de los demás y nos haríamos más desgraciados.

Nuestros deberes personales de urbanidad

Me refiero a los que miran al aseo o limpieza del cuerpo, al modo honesto de vestir y de comer y al buen empleo del tiempo en el trabajo.

1) *Por lo que hace el aseo o limpieza corporal* e higiene, por ser algo que está siempre en nuestra mano y sin ella la salud podría correr peligro, hemos de procurar, ya al levantarnos, lavarnos las manos, la cara, las orejas y el cuello... y también la cabeza, asear el pelo, peinarse... y con al-

guna frecuencia cuidar de la limpieza de todo el cuerpo por medio de baños...

También es recomendable, para evitar caries y hedores, la limpieza de la boca... No descuidar el aseo o limpieza de las uñas...

Faltas contra el aseo: rascarse la cabeza, limpiarse con los dedos el interior de la nariz o del oído, llevar la mano a la boca al estornudar o toser, enjuagarse el sudor o expeler mucosidades sin usar de pañuelo, etc.

2) *El vestido.* Este tiene como fin no sólo proporcionar al cuerpo el necesario abrigo, sino velar por la honestidad y manifestar el respeto que debo a los demás.

El aseo nos impone la limpieza en los vestidos y no llevarlos rotos o ajados... También hemos de procurar que *el calzado* esté siempre limpio... e igualmente la habitación en que solemos estar y *no escupir* jamás en el suelo...

Al vestirme y desnudarme he de observar las reglas que dictan la modestia y la buena educación...«*Vuestra modestia sea notoria de todos los hombres. El Señor está próximo*» (Fil. 4, 5)

–No debemos acercarnos tanto a la persona con quien hablamos, que llegue a percibir nuestro *aliento*, y cuando no estamos solos y se nos ocurra *toser* o *estornudar*, volvámonos hacia un lado, y apliquemos el pañuelo a la boca...

3) *En la comida.* Grande debe ser el cuidado que hemos de poner al acercarnos a la mesa don-

de vamos a comer, por ser precisamente la mesa uno de los lugares donde más clara y espontáneamente se revela el grado de educación y de cultura de una persona.

A la mesa no debo llegarme arrastrado por la gula, sino movido por el justo deseo de satisfacer una necesidad, y con ánimo de vencerme, pues como dice San Agustín: «Hemos de servirnos de las cosas temporales por la necesidad, antes que por el gusto... La gula es madre de la lujuria...»

Hemos de comer lo necesario para vivir y nada más, teniendo en cuenta el dicho de Séneca: «Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir». La sobriedad o moderación en el comer y beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad.

La Biblia nos da estos consejos admirables:

Los excesos en las comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce la cólera. Muchos han muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37, 33 s.)

Come decentemente lo que te sirvan, y no comas vorazmente e incurras en desprecio. Sé el primero en dejar de comer por cortesía, y no te muestres insaciable para que no te desprecien. Si te sientas en medio de muchos no extiendas el primero la mano.

Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho. Sueño tranquilo es el del estómago no cargado; se levantará por la

mañana dueño de sí. Dolor, insomnio, fatiga y retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31, 19-24)

Lujuriosa cosa es el vino, y llena está de desórdenes la embriaguez; no será sabio quien a ella se entregue (Prov. 20, 1)

Nosotros, hijos del día, seamos sobrios... (1 Tes. 5, 8)

Un filósofo dijo: «Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis dos convidados: el cuerpo y el alma. Acordaos de que lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo que dáis a vuestra alma, durará siempre». Y San Jerónimo dice: «La gula destruye el cuerpo y el alma»

Al acercarse a la mesa deberé hacerlo con la debida compostura, y si he sido invitado o está señalada la hora de comer, deberé acudir con puntualidad.

El *mantel* sirve para cubrir la mesa y no debo utilizarlo para ningún otro uso, como limpiarme con los dedos, cubrirme las piernas, juguetear con él, etc.

La *servilleta* sirve para limpiarse los labios antes y después de beber, o bien los dedos cuando fuere preciso. Una vez desdoblada, se coloca sobre las rodillas, o la sumo cubriendo un poco el pecho, pero de ningún modo metida por entre el cuello o sujeta a modo de babero.

También se considera como señal de cortesía no desdoblar la servilleta al comenzar la comida,

hasta que lo haya hecho quien preside la mesa o los mayores; y es ridículo y poco delicado pasarla por los platos para limpiarlos.

Cuando un comensal se levanta de la mesa, la servilleta deberá ponerla a la derecha del plato, sin doblarla, pero tampoco arrugada de cualquier manera. Se procurará limpiar los labios, antes de haber llevado a la boca los vasos o copas, para no dejar los bordes de cristal llenos de grasa o restos de comida.

En ninguna ocasión se debe agarrar el cuchillo con la mano izquierda, y la cuchara debe hacerse siempre con la derecha. Cuando se ha de cortar o pinchar a un tiempo, se toma el cuchillo con la derecha y el tenedor con la izquierda, pudiendo en tal caso llevar con ésta los manjares a la boca.

Principales defectos que debo evitar en la mesa:

«Comer con avidez o precipitación excesiva; hacer ruido con los cubiertos y platos; masticar con exageración y sorber con ruido los líquidos; olfatear la comida o soplar para que se enfríe; dejar caer sobre los manjares del plato o sobre el mantel lo que hayamos metido ya en la boca; ponerse en cantidades exageradas de algún plato o meterse a grandes bocados toda la vianda; servirse de los instrumentos impropios para comer, como usar la navaja en vez del cuchillo, etc. etc.» (J. M.ª Feraud).

También se ha de procurar no brindar a nadie comida o bebida que hayan tocado nuestros labios, ni platos u objetos que hayamos usado en nuestras manos, a no ser *las frutas*, cuyas cortezas las defiende de todo contacto.

Sobre el asiento en convites. Lo mejor será tener en cuenta esta parábola de Jesucristo: «*Cuando seas invitado a un convite de bodas, no te coloques en el primer puesto, no sea que haya otro convidado de mayor estima que tú, y venga quien os convidó a otro y a tí, y tenga que decirte: Deja el sitio a éste, y entonces tengas que ir avergonzado a ocupar el último puesto. Mejor sería que cuando estés convidado, vayas y te pongas en el último lugar, para que, al venir el que te convidó, te diga: ¡Amigo, sube más arriba! Así quedarás muy honrado ante los demás convidados*» (Lc. 14, 8-10)

4) *En el trabajo*. El trabajo es importante para todos. «*El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar*» (Job 5, 7). El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: «*Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...*» (Gén. 3, 19)

El trabajo honrado y noble es agradable a Dios y puede ser un gran medio de santificación, mas el que no trabaja o trabaja mal y cobra como si trabajara, es un ladrón. Nuestro trabajo debe

ser honrado. A Confucio se le atribuyen estas palabras: «Cuando trabajéis para los demás, hacedlo con el mismo entusiasmo que si trabajaseis para vosotros mismos».

Si el obrero hoy no rinde el beneficio que debiera rendir es porque no suele ver más que la parte dura del trabajo y no la nobleza que encierra. Nuestro deber es reconocer que estamos sujetos a la ley del trabajo impuesta por Dios, después del pecado de nuestros primeros padres, y que el trabajo dignificado por Jesucristo ennoblece al hombre.

El trabajador debe estar justamente remunerado, mas ha de procurar evitar la ociosidad, madre de todos los vicios, y no trabajar como renegado o forzado, sino por amor al trabajo, porque, como dicen los santos Padres, éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes, la inocencia, la paciencia, la fuerza.

Relaciones entre compañeros de trabajo

Las relaciones con personas que conviven tantas horas juntas deben ser armónicas y gratificantes. En el mundo del trabajo, entre compañeros, debe reinar cierta solidaridad, respetar opiniones, brindar ayuda en el momento de generosidad y espontaneidad, sin «cobrar» los favores, olvidar el sentimiento mezquino de envidia.

Como jerarquía en una empresa existe siempre, por muy democrática que sea, cuando surjan problemas y malentendidos, el mejor cauce para allanarlos debe ser el diálogo.

Si alguna vez ocurre el ascenso de un compañero en categoría, o la subida de un sueldo, que puede merecer por sus méritos, no se debe criticar como si fuera una injusticia... Los de mayor categoría o superiores deberán saber valorar aptitudes y obrar con prudencia y discreción... y tratar a los demás como seres humanos.

El deber de los que viven en abundancia se puede compendiar en estos dos aspectos:

Socorrer al necesitado: es deber de caridad.

Dar trabajo y pagar todo lo debido al trabajador: es deber de justicia.

En el que necesita riquezas los deberes se compendian así:

Trabajar con honradez, con lealtad, sin defraudar el tiempo, sin promover huelgas injustas (en las que a veces peligra la empresa y los obreros quedan sin trabajo), sin sabotajes, sin sustraer ni un clavo: es deber de justicia.

Agradecer a quien le da, no querer males para él, alegrarse de sus bienes: es deber de caridad.

Estos son los deberes que tienen unos hombres respecto de otros, en la mutua convivencia social. Tanto al pobre como al rico los hizo Dios; siempre habrá diferencias de riquezas, de posición social, como siempre hay diferencia en la al-

tura, en la edad, en el color del pelo, en el talento, en la facilidad de hablar, etc.

Lo que todos debieran tener presente, es que ¡no basta asegurar el cocido de cada día; es necesario convencer firmemente a los de arriba y a los de abajo que cada día desaparece volando, que en este mundo estamos de paso, que lo importante es *asegurar la eternidad*!... y esto se asegura cumpliendo, sí, los deberes para con los demás hombres; pero cumpliendo primero los deberes para con Dios.

Si no hay fe en Dios, si falta el temor santo de Él, aunque se paguen salarios espléndidos, el obrero nunca estará contento, siempre odiará al que tiene más, y estará esperando la hora de la revancha. Por consiguiente, sólo un cristianismo consciente, operante, vivido, en ricos y pobres, en patronos y obreros, será la gran solución del problema social.

Jesucristo lo dice: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*(Mt. 6, 33)

Si buscáramos el reino de Dios en primer lugar, Dios nos daría por añadidura: alimentos, vestidos, industrias, casa, progreso material en todos los órdenes..., y sin necesidad de hacer milagros, tendríamos el de la multiplicación de los panes, dando los que tienen para los que no tienen...

En consecuencia: La cuestión se puede solu-

cionar, pero es con justicia y caridad..., con abnegación..., pero también con oración.

Conclusión

Sabiendo, como dijo San Francisco de Sales, que en el cristianismo, la *Urbanidad* no es otra cosa que el ejercicio de la caridad, todos debemos esmerarnos en practicar esta virtud y en hacer lo posible porque nuestra compostura exterior pueda dar claros indicios de buena educación, pues los diferentes gestos, posiciones y movimientos del cuerpo dan a la persona expresión y carácter peculiares, las que a veces revelan las disposiciones íntimas del alma. Esto aparece así reconocido en la Sagrada Escritura:

Por su aspecto se descubre el hombre y por su semblante el prudente. El vestir, el reír y el andar, revelan lo que hay en él (Eclo. 19, 26-27)

Tampoco estará demás el tener presente el *código de la amabilidad* que nos obliga a sonreír habitualmente.

–A no decir jamás no a una orden dada, o a una indicación de un superior, o a un servicio que se nos pida.

–A ahorrar a los demás todo el trabajo que nos sea posible, sin perjuicio de nuestros deberes.

–A no manifestarse ni contrariado, no corrido, ni descontento.

–A reprimir, en cuanto lo advirtamos, todo gesto que indique impaciencia.

–A buscar cada mañana delante de Dios el medio de agradar a tal persona con quien tenemos que vivir, a tal otra que no nos es simpática.

–A no mandar jamás a un inferior sin añadir una palabra de cortesía y de benevolencia.

–A emplear siempre esas sencillas fórmulas de urbanidad, que sólo parecen minuciosas a los corazones secos, duros y egoístas. A saber: «buenos días; buenas noches»; «gracias, a la menor muestra de atención», «tenga la bondad...o si me hiciera el favor» a todo servicio pedido; el saludo amable, con una sonrisa, al menos, cada vez que nos encontremos con algún conocido.

–A estudiar los gustos de aquellos con quien se vive y satisfacerlos en la medida que nos sea posible. A no impugnar sus manías y a no poner de relieve sus extravagancias.

–A no dar jamás un consejo ni hacer una recomendación sin ser dueño completamente de sí mismo y sin acompañar con buenas palabras las advertencias que pudieran lastimar.

–A acusarse sencillamente cuando se comprende que no ha sido uno amable, y a aceptar con humildad las quejas que por ello se nos den.

INDICE

PRESENTACIÓN
PARA ABRIRTE CAMINO EN LA VIDA
–Saber escuchar y saber hablar
–Para conquistar amigos
–Cómo evitar el tener enemigos
–Esfuérzate por sonreír

BREVES LECCIONES DE URBANIDAD
–¿Qué entendemos por Urbanidad?
–Deberes que nos impone la urbanidad
1.º Deberes para con Dios
2.º Deberes para con nuestros padres
3.º Deberes para con la Iglesia y con la Patria
4.º Deberes en una vida de comunidad
5.º Deberes para con nuestros semejantes
6.º Deberes para con nosotros mismos
Nuestros deberes personales de urbanidad
1) Aseo o limpieza corporal
2) El vestido
3) En la comida
4) En el trabajo
–Relaciones entre compañeros de trabajo
Conclusión